

judeo-mozárabes, mexicas y tlaxcaltecas. Se perpetuó un sentimiento moral cristiano, con raíces en las comunidades, pero que no logró desterrar del todo a las divinidades locales que le daban un carácter mítico al extraordinario paisaje del desierto, a las ruinas de los antiguos pueblos y a las zonas ribereñas del río Grande. Los colonos, desde el principio, unieron sus conocimientos con los usos y costumbres de los indios pueblo. Esta mezcla favoreció una adaptación exitosa para ambos grupos al aportar tecnología hidráulica europea y mesoamericana para la irrigación del mundo local y al recibir semillas y frutas de la tierra.

Los habitantes de este mundo mestizo, heterogéneo, abrieron tierras al cultivo, construyeron canales de riego, pequeñas capillas, iglesias; les hizo falta el hierro y se volvieron cazadores de cíbolos; combatieron y comerciaron con apaches, navajos, comanches y utes. Poco a poco, sus rasgos europeos dejaron de ser dominantes y adquirieron una fisonomía distintiva, característica de pueblos agricultores, cazadores y recolectores, que los acercaba más a los nativos, lo que formó una matriz cultural de su propia invención colectiva. Con el paso de los años, sus muertos, sus cementerios y sus recuerdos los fueron enraizando a la

tierra que los cobijó y la bautizaron, la nombraron, la conocieron, la manejaron y las pequeñas comunidades, con el advenimiento de nuevas generaciones, construyeron pueblos, plazas, villas y ciudades en un estilo derivado del correr de la naturaleza y del paso de las estaciones del año. Sus plazas, acequias, canales, tierras y huertas se convirtieron en el foco de la vida política local y su aprovechamiento permitió la sobrevivencia y la construcción de una sociedad austera y pujante.

Desde 1598, cuando en Paso del Norte se entonaron las notas sagradas del *Te Deum* a la orilla del río Grande, cualquier evento fue amenizado con música, cantos y bailes, desde la cura de una tristeza a la inflamación sagrada por una adoración divina; desde una añoranza cultural hasta un ritmo o zapateado, siempre hubo canto, música y ritmo. En Nuevo México había música para todas las ocasiones. Se entonaban los tonos gregorianos, las tonadillas medievales, los sarasos, los profanos jarabes y todo tipo de invenciones locales. En un período de casi medio milenio, una vasta herencia musical acompañó el tránsito de generaciones de nuevomexicanos. Lamentablemente, en la actualidad, tan sólo son reconocibles algunos fragmentos de esa riqueza musical. Como la